

El poder: continuidades y rupturas. Una aproximación a la teoría de Norbert Elias para las sociedades “nuevas”



LUIS ERNESTO BLACHA
(CEAR-UNQ-CONICET)

Sociedad y Discurso
Número 20:103-124/124
Universidad de Aalborg
www.discurso.aau.dk
ISSN 1601-1686

Resumen: La perspectiva figuracional de Norbert Elias concibe la relación individuo-sociedad como un proceso que es constituido y reconstituido dentro de un contexto mediado por relaciones de poder. Los procesos de psico y sociogénesis permiten vislumbrar esta interrelación a la vez que resaltan continuidades y rupturas en las “*formas de hacer*” lo social. El poder que media los vínculos entre los individuos y la red de interacciones que constituye lo social, puede ser conceptualizado como una potencialidad que no tiene por qué ser necesariamente ejercida.

Se propone una relectura de la obra de Norbert Elias a la luz del enfoque tridimensional de Steven Lukes que permitirá comprender la realidad social de las sociedades del Nuevo Mundo desde una perspectiva de poder en donde se resalten continuidades y rupturas en el entramado social. El presente artículo supone una redefinición de la tensión planteada por Vilfredo Pareto, a principios del siglo XX, entre el “*instinto por las combinaciones*” y la “*persistencia de los conglomerados*”. La continuidad de esta preocupación analítica por la interdependencia entre lo “*nuevo*” y lo “*ya establecido*” tiene una importancia destacada en la sociología contemporánea.

Palabras clave: Continuidades – Ruptura – Poder – Sociogénesis – Psicogénesis

Abstract: According to Norbert Elias, the relationship between individual and society is a process. It is constituted and reconstituted within each context and it is mediated by power relationships. The psico and sociogenesis processes allow to get a glimpse of this relationship while highlighting continuities and ruptures in the “ways of doing” the social world. Links between individuals and the social network are mediated by power. In this way, it can be conceptualized as a potential capacity that do not necessarily need to be exercised.

This article proposes a new reading of Norbert Elias’s works using the three-dimensional approach theorized by Steven Lukes’s. This approach helps to understand the social reality of the New World societies from a perspective that can highlight continuities and ruptures within the social network. This study sets a redefinition of tension raised by Vilfredo Pareto referred to “instinct for combinations” and “persistence of

clusters." The continuity of this analytical concern about the interdependence between the "new" and "already established" plays a major role in contemporary sociology

Keywords: Continuities - Rupture - Power - Sociogenesis - Psicogenesis

Introducción

La perspectiva sociológica de Norbert Elias supone una teoría de amplio alcance temporal. El desarrollo de los procesos de psico y sociogénesis sólo pueden rastrearse en el largo plazo histórico que suponen el trayecto centurias de constitución cultural. En la obra de Norbert Elias existe una “*permanente imbricación entre sociología e historia.*” (Zabludovsky, 2007: 30) Mientras que en las sociedades americanas, tal como comenta, Wright Mills, “*casi vale lo mismo ser un antepasado que tener un antepasado.*” (Wright Mills, 1987: 53)

¿Pueden aplicarse los conceptos de Elias al análisis de estas sociedades?. La respuesta es afirmativa, aunque el estudio debe ponderar aquellos aspectos autóctonos por sobre los heredados de las sociedades europeas. Así como los procesos de psico y sociogénesis no deben ser interpretados desde un perfil evolucionista tampoco hay que sobredimensionar los procesos autóctonos, como siendo determinados irreductiblemente por los patrones rectores definitivos de los procesos importados.

El desarrollo de acciones sociales y su imbricación en la red de relaciones intersubjetivas en que se origina e inserta, permite caracterizar las relaciones de poder que median entre los individuos y la sociedad. Los procesos de psico y sociogénesis permiten vislumbrar esta interrelación a la vez que resaltan continuidades y rupturas en las “*formas de hacer*” lo social. La incertidumbre no es la contracara del marco de certezas que supone la cultura, sino parte de la cultura misma que transforma en “*social*” las acciones individuales.

El enfoque figuracional de Elias concibe la relación individuo-sociedad como un proceso que es constituido y reconstituido. No es la sociedad la que configura a sus individuos en una forma determinada unívocamente, sino que la influencia de la sociedad en el sujeto también es permeable a las acciones individuales. El poder que media los vínculos entre ambos, puede ser conceptualizado como una potencialidad que no tiene por qué ser necesariamente ejercida. Esta caracterización radical del poder es definida por Steven Lukes como tridimensional en tanto capacidad omnipresente.

Una relectura de la obra de Norbert Elias a la luz del análisis tridimensional de Steven Lukes permitirá entender la realidad social de las sociedades del Nuevo Mundo desde una perspectiva de poder donde se resalten continuidades y rupturas. En este sentido el presente artículo supone un refinamiento de la tensión planteada por Vilfredo Pareto, a principios del siglo XX, entre el “*instinto por las combinaciones*” y la “*persistencia de los conglomerados*”. La continuidad de esta preocupación analítica por la interdependencia entre lo “*nuevo*” y lo “*ya establecido*” tiene una importancia destacada en la sociología contemporánea, buscando respaldo en algunos ejemplos de la historia latinoamericana.

El recorrido teórico aquí propuesto se inicia con la obra de Norbert Elias (1897-1990) para continuar con la perspectiva tridimensional del poder de Steven Lukes (1941) y completarla con la influencia de la cultura en la interacción social y en la conformación y delimitación de los individuos que la llevan a cabo. Llegado este punto se procederá a focalizar el análisis en la tensión entre continuidades y rupturas en el entramado social que motiva este artículo.

#

Psico y sociogénesis

Para Norbert Elias la sociedad designa al conjunto de interacciones sociales que es llevado a cabo por los individuos. A la totalidad de estas “*interrelaciones entrelazadas que producen a los hombres y que son producidas por éstos*” (Elias, 1999: 9) se las denomina sociedad.

Para esta perspectiva el hombre es considerado como un proceso y por lo tanto se encuentra en constante movimiento constitutivo. Es un proceso que se moldea a través de los elementos socialmente creados que provee la cultura. La sociología debe, por lo tanto, prestar especial atención al proceso de individualización en tanto parte integral de la teoría social referida a la constante formación de los individuos.

Su concepción de la sociedad, por su parte, se asemeja a la de Georg Simmel (1858-1918) para quien ésta “*designa un complejo de individuos socializados, una red empírica de relaciones humanas operando en un tiempo y un espacio dados.*” (Simmel, 2002: 30) La individualización como la socialización, se hallan comprendidas dentro de los procesos – mutuamente relacionados- de socio y psicogénesis. La psicogénesis, para Elias, refiere a los cambios acontecidos a nivel individual que suponen una mayor diferenciación social; mientras que la sociogénesis consigna aquellos de escala colectiva que posibilitan una mayor

integración social. Ambos refieren a procesos de largo alcance sucedidos en Europa a partir del siglo XI, que continúan desarrollándose, tendientes a un mayor control y autocontrol de las situaciones violentas.

El punto de partida para entender el desenvolvimiento de estos procesos es el concepto de interdependencia que explica cómo los individuos se relacionan entre sí. Este autor "*concibe la idea de configuración como una "constelación de hombres recíprocamente entrelazados"*" (Zabludovsky, 2007: 30) y dependientes entre sí. Supone un enfoque multidisciplinar de "*lo social*", como la interconexión entre individuo y sociedad mediada por relaciones de poder que forman parte de esa misma interdependencia. Elias reserva para la sociología la posibilidad de "*explicar y descubrir cómo las transformaciones sociales surgen de estados anteriores.*" (Zabludovsky, 2007: 30) La interdependencia permite observar en un momento histórico determinado y geográficamente delimitado la evolución de los procesos de socio y psicogénesis, así como las relaciones de poder que se insertan en dicha configuración y que -a su vez- la moldea.

A este continuo devenir histórico de lo social, Elias lo denomina como "*proceso civilizatorio*" y conlleva a nivel individual un autocontrol que tiende a una creciente diferenciación social y mayor división del trabajo mientras los Estados nacionales, a escala "*social*", monopolizan la violencia física legítima y los impuestos fiscales. De este proceso intentan dar cuenta la socio y psicogénesis, ya que "*el devenir de las estructuras de la personalidad y de las estructuras sociales, se realiza en una relación inseparable de la una con la otra.*" (Elias, 1997: 16) A su vez, las diferencias entre espacios geográficos delimitados, influye en los procesos de psico y sociogénesis, así como en los elementos culturales disponibles con que éstos se llevan a cabo. El "*nuevo*" y el "*viejo*" mundo comparten "*usos*" a la vez que se diferencian en algunas de las herramientas disponibles que utilizan. En este sentido cabe destacar la influencia de las tradiciones y cierta "*conciencia geográfica*" en la elaboración de los sentimientos patrióticos europeos que no se encuentran – al menos en los momentos fundacionales de los Estados Nación- en América. (Bohórquez, 2004: 45-46)

La capacidad de moldear, al menos en cierta medida, la personalidad con las interacciones sociales que se producen en un tiempo y espacio delimitado, conlleva –también- un distanciamiento del mundo "*natural*". Producido –mayoritariamente- en la Edad Moderna, este distanciamiento permite mayor control y predictibilidad sobre la naturaleza, facilitando el

surgimiento de un marco de certezas sobre los fenómenos naturales. El conocimiento objetivo sobre estas cuestiones se diferencia, en un primer momento, de la inconmensurabilidad referida al mundo social del que el sujeto productor forma parte.

El autocontrol individual constituye la primera “*condición*” para el surgimiento de la posibilidad del conocimiento social objetivo. Conlleva, por lo tanto, un primer distanciamiento del sujeto en relación a lo social que lo constituye y conforma. La internalización supone el autocontrol y los sentimientos de vergüenza a él asociados. Al relacionar estos elementos con la historia europea y americana surgen importantes diferencias en la celeridad con que el autocontrol es internalizado y, se expresa especialmente, en la presencia de instituciones que guían esa incorporación de la norma social.

El distanciamiento es comprendido analíticamente a través del proceso civilizatorio. Al contrario del concepto alemán de cultura, que tiene un carácter diferenciador y refiere a productos “*finales*” del hombre dotados de realidad, la civilización designa un proceso con implicancias progresivas eminentemente sociales. Elias reconstruye analíticamente la civilización, partiendo de una “*psicogénesis*” del Estado que identifica con “*la señoría feudal del siglo XI al reino del Renacimiento, hasta su apogeo en el Siglo de las Luces.*” (Heinich, 1999: 15) Esta produce el monopolio fiscal que monetariza la relación gobernantes-gobernados y también el monopolio de la violencia legítima que “*pacifica*” a la sociedad. Estos procesos de escala “*social*” modifican la percepción individual, en relación con el autocontrol de las pulsiones que hace posible el estrechamiento de las interacciones intersubjetivas y la creciente diferenciación del hombre que supone la división social del trabajo.

La limitación de la violencia en el plano social tiene su desarrollo, paralelamente, en la esfera individual. La civilización incluye una regulación y limitación constantes de la agresividad que deviene autoacción. La imbricación de lo social en el individuo también abarca a los “*instintos*” del sujeto. La internalización de la norma social posibilita la diferenciación individual. Las interacciones producidas en las sociedades modernas conllevan elevados grados de integración social y diferenciación individual.

Para Elias la civilización necesita de una “*tríada de controles básicos*” (Zabludovsky, 2007: 32): a) de los eventos naturales a través de la tecnología; b) de las relaciones sociales que posibilitan la integración social y c) el autocontrol individual que permite la diferenciación individual. Los procesos de socio y psicogénesis configuran, en estos

controles, un “*consciente*” que tiene su contracara en un “*inconsciente*” omnipresente. La direccionalidad del proceso civilizatorio no impide la aparición de sucesos “*descivilizatorios*” que se contrapongan a la regulación-limitación de la violencia en la sociedad, una violencia total e ilimitada. La tensión que describen estos procesos no es la de continuidades-rupturas sino la de certeza-incertidumbre. La tensión civilización-descivilización es una constante del propio proceso civilizatorio y se hace presente tanto en Europa (por ejemplo con el nazismo) como en la colonización devenida en conquista del continente americano, siendo los casos mexicano como el peruano particularmente ejemplificadores al respecto de la “*leyenda negra*” que denunciara el sacerdote Bartolomé de las Casas.

La amplitud temporal de la teoría acuñada por Norbert Elias permite dar cuenta de la creciente integración social que posibilita la individualización de los sujetos sociales que conforman la red de interacciones, es decir, la sociedad. Las relaciones de poder median entre individuo-sociedad. Los procesos de socio y psicogénesis dan cuenta de éstas, así como de la tensión certeza-incertidumbre, sin perder capacidad explicativa en el análisis de las continuidades y las rupturas de los procesos que constituyen lo social. La indeterminabilidad de estos procesos y sus consecuencias son destacables. En este sentido, es significativo cómo la ampliación de la “*occidentalización*” de las fronteras nacionales en los Estados americanos teñían de “*civilización*” la matanza “*descivilizada*” de los pueblos originarios.

La configuración, dentro de esta perspectiva teórica, es ese “*sistema de interacciones –la estructura social–*” (Heinich, 1999: 102) de los individuos en un espacio y tiempo delimitados. Esos sujetos –diferenciados individualmente e integrados socialmente- se vuelven más conocedores de su entorno social y comienzan a pensar “*sociológicamente*” al influir en su vida cotidiana los conceptos acuñados en la ciencia social. Utilizan esos mismos conceptos que ellos ayudaron a constituir al ser utilizados como objetos de estudio, como herramientas de su vida cotidiana.¹ Detrás de este proceso civilizatorio, el poder aparece como una capacidad omnipresente y es hacia allí a donde se dirige el análisis.

#####

¹ No parece oportuno ampliar aquí la relación “efecto-teoría”, como parte de la doble hermenéutica que tan acabadamente ha comentado el sociólogo inglés Anthony Giddens. Para mayores detalles es conveniente remitirse a obras como *Consecuencias de la modernidad* y *Las nuevas reglas del método sociológico*.

El poder como capacidad

Para Steven Lukes (1941) el poder “*es una capacidad, no el ejercicio de esa capacidad.*” (Lukes, 2007: XXV) Esta perspectiva es más amplia que aquella que caracteriza al poder sólo como dominación, pues lo define como “*una aptitud o capacidad de un agente o agentes, que puede ejercerse o no.*” (Lukes, 2007: 67-68) Se considera, entonces, aquellos modos indirectos del poder que aparecen como “*ocultos*” en un primer análisis.

Los orígenes de la concepción del poder como potencialidad, pueden rastrearse hasta el *Tractatus politicus* de Baruch Spinoza (1632-1677) quien diferencia entre las palabras latinas “*potentia*” y “*potestas*”. La primera refiere al “*poder de las cosas en la naturaleza, incluidas las personas, “de existir y actuar.”*” (Lukes, 2007: 81) La “*potestas*”, por su parte, se utiliza para caracterizar al poder “*de un ser en poder de otro*” (Lukes, 2007: 82); es la capacidad de conseguir determinados resultados, producto del “*poder sobre*”.

Esta potencialidad no conlleva una dirección previamente delimitada de las relaciones de poder, ya que la propia “*omnipresencia*” comprende –también– la posibilidad que éste no se “*presente*” y que los gobernantes no lo “*usen*”. El marco de certeza que promueven las propias relaciones de poder incluye, por lo tanto, la incertidumbre no como contracara de la seguridad sino como parte integral de ese marco en el cual se insertan las acciones individuales y se transforman en sociales. La relación entre certeza e incertidumbre es constituyente de las relaciones de poder como del propio proceso civilizatorio que las contiene y orienta, a través de los elementos culturales disponibles en un período y un lugar determinados, donde las fronteras adquieren relieve.

La concepción formulada por Lukes denota contrariedades con la obra de Michel Foucault (1926-1984) en relación al biopoder. El autor francés propone una profunda conexión entre el poder y el conocimiento de las ciencias sociales, las cuales potencian la eficacia de éste gracias al “*impacto formador que tienen sobre la gente las pretensiones de conocimiento de los expertos.*” (Lukes, 2007: 105) El poder actúa “*a través*” de los individuos, constituyéndolos y siendo su vehículo. El poder incluye, además, la capacidad de resistirse a él; por lo que el individuo “*no se encuentra nunca en situación de exterioridad con relación al poder.*” (Lukes, 2007: 112) La teorización desarrollada por Lukes, critica esta afirmación por considerarla

“una llamativa exageración utilizada en sus descripciones puramente típico- ideales del poder disciplinario y del biopoder, y no un análisis de la medida en la que las diversas formas modernas de poder que él identifica tienen realmente éxito, o no, en asegurar la obediencia de quienes están sujetos a ese poder.” (Lukes, 2007: 116)

El accionar de “*otra forma*” que propone Lukes, no conlleva necesariamente a un debilitamiento del marco de certezas que utilizan los individuos para realizar sus acciones – formado por las interrelaciones previas y la cultura- sino que es parte de la red de interacciones sociales que conforman la sociedad. La posibilidad de actuar de “*otra forma*”, sin necesariamente trastocar las relaciones de poder imperantes en la sociedad de pertenencia, se vuelve particularmente visible cuando los conquistadores españoles actúan –en varias ocasiones- de forma bárbara para con los pueblos americanos aunque se escuden en la necesidad de “*crisitianizar*” a los indios. Este actuar “*diferente*” no implica cambios en las sociedades europeas a la que pertenecen “*los conquistadores*”, a pesar de que su accionar contradiga muchos de los elementos culturales disponibles en relación al hombre y sus derechos.

La potencialidad del poder permite relacionarlo con la concepción amplia de cultura que utiliza Sigmund Freud en su obra de corte más sociológico, *El malestar en la cultura*. Individuo y sociedad son, para el padre del psicoanálisis, “*partes solidarias de una misma estructura.*” (Le Rider, Plon, Raulet, Rey-Flaud, 2005: 11) La relación social del hombre con el mundo sólo puede realizarse a través de la mediación que supone la cultura, bajo la influencia de las relaciones de poder existentes en una sociedad determinada, a las cuales la misma cultura colaboró a dar forma.

Para Sigmund Freud (1856-1939) la cultura es “*la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí.*” (Freud, 1999: 83) El concepto tiene consecuencias a nivel individual (psicológicas) mientras es el telón de fondo de las acciones sociales en un período histórico delimitado (consecuencias sociales). La cultura presupone así un ideal de “*justicia*” donde una vez establecido un orden jurídico, éste “*ya no será violado a favor de un individuo, sin que esto*

implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho.” (Freud, 1999: 88) Con esta seguridad, se desarrolla el super-yo como cénit de la internalización de la norma social y fundamento último de toda relación de poder. La agresividad orientada hacia el otro se vuelve hacia el sujeto mismo, transformándose en un sentimiento de culpa.

La incertidumbre se convierte en aquello que es socialmente reprimido y resulta relegada a la historia prohibida de la civilización, pero no queda excluida de la cultura. A pesar de aumentar las certezas, nunca deja de asomar la incertidumbre, en tanto posibilidad siempre “*latente*” de la seguridad que la propia cultura instaura en el super-yo y en el ideal de justicia. La cultura, como cúmulo de experiencias y conocimientos sociales, se relaciona innegablemente con la historia. Se explican entonces las diferencias entre América y Europa, con sus tiempos históricos de distinto alcance temporal.

Al caracterizar el poder como una capacidad que no necesariamente debe ser ejercida, el concepto freudiano de super-yo permite comprender tanto el dinamismo propio de las relaciones de poder como su asimetría, al estudiar –desde la psicología– la internalización de las normas sociales y el autocontrol individual. Esta capacidad del individuo también incluye a la reflexividad que el sujeto posee como capacidad para controlar internamente su propia acción mientras la está realizando. En esta conceptualización el marco de certeza que se origina, fundamenta el poder e incluye a la cultura. Es actualizado y reactualizado, pues el hombre piensa y es conciente de esa misma actividad reflexiva.

La reflexividad es sencillamente el acto por el cual los hombres son concientes de que piensan sus acciones, permitiéndoles adaptarse más rápidamente al contexto de interacción. Pueden modificar sus acciones mientras las llevan a cabo y, especialmente en el largo plazo, pueden incorporar pensamientos anteriores que ellos mismos tuvieron cuando realizaron acciones similares en el pasado. La reflexividad demuestra, una vez más, la influencia del contexto y de los tiempos históricos sobre el individuo. (Giddens, 1998) También permite comprender analíticamente que los sujetos sociales “*finjan*” la aceptación-internalización de cierta norma social. Este carácter simulado es, al mismo tiempo, parte de la actividad reflexiva del individuo y media su interacción con la sociedad a través de las relaciones de poder. La tensión entre “*conglomerados*” y “*combinaciones*” sobre las que teoriza Vilfredo

Pareto (1848-1923), se conjugan con la predictibilidad y la reflexividad que sólo puede surgir al interior de la cultura.

El autor italiano focaliza su análisis en dos conceptos teóricamente contruidos: "*el instinto por las combinaciones*" y "*la persistencia de los conglomerados*". El primero es la tendencia a "*establecer relaciones entre las ideas y las cosas, a extraer las consecuencias de un principio formulado, a razonar bien o mal*". (Aron, 1996: 145) Es un impulso por buscar lo nuevo. La "*persistencia de los conglomerados*", por su parte, es la tendencia a mantener "*las combinaciones ya formadas*" (Agulla, 1987: 226), es decir, un impulso conservador. El equilibrio entre conglomerados y combinaciones refiere a la actualización y reactualización de las relaciones de poder. En la teoría paretiana, las situaciones revolucionarias se reducen al mínimo, al tratarse de un sistema social predominantemente estático.

La capacidad explicativa del poder para representar la realidad social, es mediada a través de la cultura. La concepción no evolucionista, aquí desarrollada, da cuenta del marco de certezas en el cual se insertan las acciones individuales, transformándose en sociales y dejando latente la posibilidad que una acción no se encuadre en él y aumente, entonces, el grado de incertidumbre. La indeterminación da cuenta del "*retorno latente*" de aquellas conductas que son reprimidas por la cultura para convertirse en acciones sociales. La presencia de lo "*excluido*" forma parte –al menos como ausencia– del fundamento del poder. Continuidades y rupturas pueden ser analíticamente estudiadas desde una nueva perspectiva a la luz de los conceptos aquí abordados.

Continuidades y rupturas

La sociología debe "*hacer penetrable esa impenetrabilidad de los entramados de las relaciones humanas*." (Elias, 1999: 120) Esa dificultad para la permeabilidad analítica se debe, en parte, al dinamismo de las interacciones humanas y a la mediación de las relaciones de poder que se refleja tanto en la cultura como en la relación entre individuo y sociedad.

El proceso civilizatorio, tal como lo caracteriza Norbert Elias, destaca este carácter dinámico del contexto social. Incluye, tanto los cambios producidos en el conjunto social de individuos, como aquellos que se desarrollan al interior de los hombres. La sociogénesis,

como parte de esta perspectiva, da cuenta de la canalización legítima de la violencia y su limitación en la vida cotidiana en común, que llevan a cabo los individuos en sus interacciones de carácter social. El monopolio estatal de la violencia legítima, acerca a Elias a la teoría weberiana del Estado; aunque el primero profundiza la importancia de los cambios producidos al interior de los individuos para que dicho monopolio pueda ser efectivo a través de actividades pautadas. La psicogénesis complementa a los cambios del contexto social a la vez que es condición necesaria para su existencia y desarrollo.

La propia impenetrabilidad de las interacciones sociales dificulta el análisis de la tensión entre continuidades y rupturas en los acontecimientos sociales, ya que el proceso civilizatorio también incluye –como se expuso- momentos “*descivilizatorios*”. Elias destaca la existencia de hechos violentos esporádicos, que buscarán legalizarse como “*normales*” dentro de la civilidad. Los marcos de referencia que suponen los procesos de psico y sociogénesis que se despliegan en una sociedad en un tiempo histórico determinado, dan cuenta de esta realidad de civilidad-descivilización. Aún así, el propio carácter dinámico de la psico-sociogénesis no permite que sean cuestionados por prolongados períodos de tiempo sin que se reduzca su capacidad explicativa del contexto de la interacción social. Una prolongada puesta entre paréntesis desgarraría a los individuos, debilitando su percepción y capacidad explicativa del mundo social y de si mismos, como social y culturalmente constituidos. Además, la capacidad reflexiva del sujeto moderno sería severamente limitada si la psico-sociogénesis fuera puesta en cuestión. En este sentido debería conceptualizarse, al menos en una primera versión, la tensión entre continuidades y rupturas que comparten Europa y América.

La individualización que sólo es posible en un contexto social de amplia integración social, conlleva un alto grado de interdependencia entre los individuos y también un marco de certeza sobre el cual se transformen en sociales las acciones individuales. La imbricación de lo social en el individuo, a través del auto control y de la internalización de la norma social, debe pensarse –además- desde la óptica cultural, en el sentido del cúmulo de las interacciones sociales precedentes que se encuentran bajo el influjo y la mediación de las relaciones de poder imperantes, en un tiempo histórico y en una sociedad determinada y delimitada. La cultura no es sólo una coacción social en el individuo, también plantea una posibilidad; en tanto permite que ciertas acciones sólo puedan ser llevadas a cabo mediante la interdependencia que supone la división social del trabajo.

El sujeto social, coherente con la indeterminación que propone Elías, puede transgredir los límites que la sociedad le impone pero, entonces, se generará en él un sentimiento de culpa. La potencialidad del poder se hace presente, aún sin que sea ejercida y la omnipresencia de la cultura en las acciones individuales da cuenta de esta situación. El estudio de amplio alcance temporal que propone Norbert Elias en relación a la conformación de los Estados Nación de Alemania, Francia e Inglaterra, refiere al carácter progresivo y procesal de esta conformación. La indeterminabilidad de lo social es parte de la escala misma de ese proceso, pues abarca por completo a los individuos que forman parte de esas sociedades e influye en otros agrupamientos sociales distantes. Merece subrayarse que para los positivistas latinoamericanos *“la independencia intelectual es fruto de un liberalismo académico profundamente arraigado en esos pueblos”* (Hirshbein, 2004:51-2) que permite destacar cierta originalidad en relación a los esquemas de pensamiento más tradicionales.

La amplitud del alcance temporal y espacial del proceso de civilización sólo puede ser medido en términos de *“humanidad”*, como escala *“global”* o, al menos, occidental. Su omnipresencia incluye también aquellos actos de *“descivilidad”* como parte integral del marco de certeza que la misma civilización propone. Se trata de un devenir que modifica percepciones y transforma en escala mundial relaciones sociales cotidianas y continuas. El doble carácter de individual-social se refleja también en la relación local-global, del que el mismo proceso de civilización da cuenta. Entre las sociedades del *“nuevo”* y el *“viejo”* mundo se produce esta misma imbricación, aunque la propia lógica autóctona proponga continuidades y rupturas entre ambas realidades sociales.

La escala *“mundial”* de algunas teorías sociales hace que éstas trasciendan las fronteras continentales y su puesta en práctica (y sus consecuencias) son compartidas por europeos y americanos. Tal es el caso de la interacción entre los científicos argentinos y los italianos en relación a la antropología criminalista de Cesare Lombroso durante los primeros años del siglo XX. En este sentido puede interpretarse la creación de la revista Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines *“según el modelo de la revista italiana de similar temática* (Scarzanella, 1998: 217)

La configuración, como el escenario donde la acción social misma sucede entre individuos interdependientes, supone una concepción amplia del tiempo con tres acepciones: *“en tanto que experiencia de la duración, en tanto que instrumento de referencia, y en tanto que conciencia de cambio.”* (Heinich, 1999: 63) Todas las categorías hacen referencia al

tiempo socialmente construido con los elementos culturales disponibles y en donde se reflejan las relaciones de poder imperantes. Configuración y tiempo denotan la interdependencia de los individuos en la acción social y la influencia de la red de relaciones que constituyen la sociedad. Es también en el “*tiempo*” donde coinciden la monopolización estatal de la violencia junto con el mayor autocontrol individual como parte integral del proceso civilizatorio. La historia cobra importancia al contextualizar los tiempos “*largos*” y “*cortos*” de los procesos sociales acontecidos en América y Europa. La influencia en el “*nuevo*” mundo de procesos originados en el “*viejo*” continente, supone una elaboración activa por parte de los sujetos para poder adaptarlos a su configuración y a su escala temporal. Así ocurre con los ecos de la Revolución Francesa que parecieran escucharse en las revoluciones por las independencias latinoamericanas, una vez que la agitación es “*contenida*” en Europa. (Salas, 1998: 16)

La congruencia entre los procesos de psico y sociogénesis contribuye a destacar la tensión civilización-descivilización que coexiste en toda interacción social. La relación certeza-incertidumbre sobre la propia acción social conlleva a que el individuo siempre puede actuar de otra forma. La simulación destaca el carácter potencial del poder y la moda, actúa como una máscara que resguarda ciertas esferas individuales privadas. La no exposición total del sujeto en la relación social hace que la moda promueva, al mismo tiempo, una mayor diferenciación individual y una integración social que es propia de los procesos ya mencionados de psico-sociogénesis.

La moda permitiría difundir ciertos valores sociales y morales con rapidez, internalizando -a través de la imitación- esquemas de pensamiento y formas de concebir la realidad. Es una institución social que unifica el interés “*por la diferencia y el cambio con el que se da por la igualdad y la coincidencia.*” (Simmel, 1900: 580) En su exterioridad, se suprimen algunas incertidumbres individuales derivadas de la incompatibilidad entre aquello que se desea y lo impuesto como civilizadamente deseable.

La moda faculta cierta gradualidad en los cambios sociales, suavizando la tensión entre continuidades y rupturas. La adaptación individual a los cambios acontecidos en el contexto social puede realizarse a través de la imitación, ampliando la potencialidad del poder y a través de los elementos culturales disponibles. Se cristalizan las certezas que permiten a las interacciones ser caracterizadas como sociales, posibilitando la reflexividad sobre la propia acción. No sólo se importan modales, usos y costumbres del viejo continente, también las

aulas americanas reciben la influencia directa de pensadores como “*Rafael Garófalo, Carlos Darwin, Herbert Spencer y Enrique Ferry*” (González, 1998: 108) a través del estudio de sus obras.

El marco de certezas, que es compartido por individuos que conforman una sociedad determinada en un tiempo histórico delimitado, está compuesto por las interacciones sociales precedentes y es influenciado por las relaciones de poder imperantes. El alcance temporo-espacial de la certidumbre esta dado por su capacidad explicativa de la configuración social. La interdependencia entre los seres humanos permite que se realicen acciones de corte global, mientras que las interacciones locales no puedan ser explicadas dentro de ciertas regularidades. El concepto amplio de cultura abarcaría los diversos marcos de certeza en uso, así como aquellos que han perdido capacidad explicativa de lo social pero que, al menos con su silencio, influyen en un grado –por mínimo que sea– en las acciones sociales contemporáneas. Se destacan las continuidades entre Europa y América, especialmente en relación a las ideas y a los esquemas de pensamiento que las posibilitan, por ejemplo, en la consolidación de los Estado-Nación en el nuevo continente con una importancia destacada de las ideas positivistas como capaces de “*de impulsar la organización nacional y de modernizar la sociedad después de las guerras de independencia.*” (Bohórquez, 2004: 36).

La incapacidad de un contexto de certezas para explicar lo social, es un buen indicador de las rupturas en los esquemas de percepción y organización social que suponen los procesos de psico-sociogénesis. El amplio alcance de unas certezas en particular, tal como lo explica Elias con los largos períodos de conformación de los Estados nacionales en Inglaterra, Francia y Alemania, no excluye la tensión certeza-incertidumbre. La diferencia entre ésta y la que da cuenta la referida a continuidades-rupturas, no es sólo de “*escala*” temporo-especial, sino de la excepcionalidad de los cambios sociales producidos. El papel central del Estado, durante el siglo XX, para suplir ciertas empresas económicas tiene un lugar en América que no encuentra un correlato europeo. Esta ruptura, originada en una idea de progreso que “*no llega*” hace que el nuevo mundo “*deba*” transitar el sendero europeo para ser considerado como similarmente moderno. En sintonía con esta afirmación

“Sarmiento, Alberdi, Lastarria y Bilbao y otros pensadores, los nuevos estados nacionales debía insertarse en la corriente de la historia de los tiempos nuevos de la modernidad, cuyos

centros paradigmáticos y dinamizadores se encontraban en Francia e Inglaterra.” (Cancino Troncoso, 1998: 301-302)

La incertidumbre, como parte integral del propio marco de certeza que genera el desenvolvimiento del proceso civilizatorio, no supone cambios extraordinarios sino que conforma la psico-sociogénesis. Así como la violencia excepcional también forma parte de la civilización, las relaciones de poder dan cuenta de este “*inconsciente*” que supone la ausencia de certeza. La propia indeterminación de los resultados de la acción individual para ser considerada como social, ocupa un lugar destacado en la potencialidad del poder. Si no existiera la posibilidad que el sujeto actúe de un modo no contemplado a priori, las relaciones de poder en la sociedad no tendrían por qué ser actualizadas y reactualizadas; no serían socialmente constituidas y constituyentes. La importación de sistemas de gobiernos no americanos en el continente puede tener consecuencias contrarias a las deseadas, tal como afirma Sixto Ríos para el caso argentino. (Riquelme, 1998: 129-130)

La propia tensión entre continuidades y rupturas, propone un alcance analítico amplio dentro de la sociología, como el estudio de la relación entre individuo y sociedad mediada a través de las relaciones de poder imperantes. Los elementos culturales que devienen en configuración y permiten la interdependencia social, deben ser caracterizados a través del tiempo “*amplio*” de la historia. Las rupturas sólo pueden ser sociales cuando son estudiadas a través de la civilidad y siempre que se tengan en cuenta las relaciones de poder que acontecen en una sociedad específica. La ruptura temporal tiene su correlato espacial, al comparar los escenarios europeo y americano. Además de la influencia de las ideas positivistas también la Iglesia difunde esquemas de pensamiento. Los franciscanos, para el caso argentino, enseñaban en Córdoba durante la primera mitad del siglo XIX, nociones de escolasticismo hispánico y derecho natural racionalista. (Ferreyra, 1998: 70)

La predictibilidad no es la contra-cara de las rupturas sociales, sino que parte de su capacidad explicativa está dada por la potencialidad del poder que incluye a la civilización y a la “*descivilidad*”. El desenvolvimiento de ciertas relaciones de poder en detrimento de otras, así como su prolongación temporal futura (pero también pretérita) denota una importante diferencia entre las sociedades del Nuevo y del Viejo Mundo. Problemas políticos, pero también sociales, cobran distinta significación según el período temporal en que se daten sus

orígenes históricos. Los procesos de psico y sociogénesis, como esquemas de pensamiento y percepción de lo social, permiten mayor o menor lejanía según la distancia “*social*” del problema abordado. La objetividad del conocimiento obtenido, llegado el punto actual de las ciencias sociales, no es afectada por estas cuestiones, aunque deben ponderarse las relaciones de poder imperantes en la sociedad de estudio para que se incremente el marco explicativo del conocimiento. En pos de la objetividad es que deben destacarse las continuidades pero también las rupturas en la evolución de los procesos de psico y sociogénesis que se producen tanto en Europa y como en América.

En todos los casos, la indeterminabilidad de las interacciones sociales siempre demuestra su omnipresencia y su imbricación en el nudo mismo de la acción social. El cúmulo de experiencias sociales previas que supone la cultura, en un sentido amplio, posibilita el super-yo freudiano pero también la organización de los modernos Estados Nación, que efectivamente logran monopolizar la violencia legítima. El amplio alcance de las reflexiones que estimula el análisis de los procesos de psico y sociogénesis, sólo denota la gradualidad y profundidad de los cambios producidos en la sociedad occidental desde, al menos, el siglo XI. Para el caso americano la difusión de las ideas positivistas de “*orden y progreso*” no toma en cuenta peculiaridades de las sociedades autóctonas, “*ignoraba a las culturas indígenas, quería hacer tabula rasa de éstas y del pasado que se concebía como atraso e ignorancia.*” (Cancino, 2004: 13)

La potencialidad necesaria para el establecimiento de un régimen de tipo parlamentario supone no sólo un amplia pacificación social, en tanto limitación de la violencia, sino un autocontrol intenso y constante por parte de los individuos. Estas precondiciones, indican que “*las oportunidades del poder son sociales mas no individuales.*” (Zabludovsky, 2007: 47) La diferencia entre los “*tiempos*” europeos para el parlamentarismo y la celeridad americana en la constitución del mismo, denota continuidades a partir de los elementos culturales disponibles en ambas configuraciones, así como en las distintas temporalidades históricas entre ambos continentes.

El control individual es mantenido mediante coacciones permanentes y pacíficas, en función del dinero y el prestigio social. Las oscilaciones en los sentimientos y el comportamiento se hacen moderadas. Aún así la tensión continuidades-rupturas no se reduce. La indeterminabilidad propia de lo social estimula por igual la posibilidad del cambio como la continuidad (reactualizada) de las relaciones de poder imperantes. Las instituciones y su

influencia también dependen de su antigüedad histórica y del arraigo que éstas tienen en los individuos. La consolidación institucional supone así, un elemento de suma importancia para cuantificar y comparar el desarrollo de los procesos de psico y sociogénesis en ambos continentes.

Conclusiones

El recorrido analítico desarrollado en este artículo entiende al hombre como un proceso en constante dinamismo de autoconstrucción y reconstrucción social, moldeado a través de los elementos socialmente constituidos que provee la cultura. La sociedad designa una configuración delimitada de sujetos interdependientes, que actúan influenciados recíprocamente. Las relaciones de poder conforman la mutua dependencia que caracteriza lo social y que lo enmarcan en un contexto delimitado.

La indeterminabilidad de la acción individual dentro del entramado de interacciones que constituye lo social, integra el marco de certezas culturalmente construido que posibilita la interacción social y refleja las relaciones de poder imperantes. La tensión certeza-incertidumbre denota el carácter no evolutivo de los procesos de psico y sociogénesis como parte del control social y autocontrol individual que conlleva la “civilización”. Es posible una concepción de la historia donde convivan diferentes alcances temporales y pasados de distintita antigüedad, que son muy interesantes y singulares al estudiar las diferencias entre América y Europa, pues permiten destacar continuidades y rupturas para ambos universos.

El sincronismo entre los cambios de escala social con aquellos que la sociedad promueve en los esquemas de percepción que utilizan los sujetos para desarrollar sus acciones, conforma la capacidad del poder. La asimetría de la relación entre gobernantes y gobernados es sólo una parte de esta potencialidad. La tensión entre continuidades y rupturas se inserta en el origen mismo de la psico-sociogénesis y permite caracterizar al proceso civilizatorio con alcance mundial.

El marco de certeza que genera la cultura, no sólo refleja las relaciones de poder imperantes en una interacción determinada sino que posibilita tanto la continuidad (y su actualización) como los cambios (y reactualizaciones) en el entramado social de pertenencia. Sólo a través de la cultura, puede definirse el hombre y delimitar el entorno social que lo conforma y que él mismo colabora a dar forma. La potencialidad del poder destaca el

dinamismo de esta interacción y el carácter socialmente constituido de la interacción social en un contexto que es cultural e históricamente determinado.

Una redefinición de la “*persistencia de los conglomerados*” y el “*instinto por las combinaciones*” debe considerar, al menos analíticamente, este carácter socialmente constituido del sujeto social así como la indeterminabilidad –a priori- de las acciones que éste desarrolla. El carácter social de la interacción se inserta dentro de un marco de certezas que lo hace posible y que incluye también la incertidumbre. La tensión entre continuidades y rupturas del entramado social, deben observarse analíticamente desde una perspectiva temporalmente “*larga*”. El carácter culturalmente constituido de lo social y mediado por las relaciones de poder imperantes en esa sociedad, no permiten un análisis micro-sociológico sobre la constitución de la sociedad sin considerar esas mismas herramientas culturales que lo hacen posible. De otro modo la capacidad explicativa de los procesos de psico y sociogénesis se vería limitada y no sería posible la comparación entre el “*viejo*” y el “*nuevo*” mundo que aquí se desarrolla.

La configuración como sistema de interacciones y como telón de fondo de la propia acción social, da cuenta que el equilibrio entre “*conglomerados*” y “*combinaciones*” no es nunca “*perfecto*” e inmutable. El poder como potencialidad supone una constante construcción y reconstrucción de la tensión entre lo socialmente constituido y lo “*nuevo*”. La capacidad de las relaciones de poder para influenciar los procesos de psico y sociogénesis, forma parte de la configuración misma y se hace presente (omnipresente) en cada interacción social. Analizar, desde la sociología, las continuidades y rupturas supone dar cuenta del dinámico equilibrio, que la propia interacción de carácter social, trae aparejada y que Pareto con sus “*conglomerados*” y “*combinaciones*” no logra considerar.

El sentido amplio de la cultura, como cúmulo de interacciones previas que posibilita las acciones sociales presentes, recontextualiza la importancia sociológica de las continuidades y los cambios en “*lo social*”. Las diferencias entre las sociedades del Nuevo y el Viejo Mundo cobran significación a partir de las relaciones de poder de cada entramado social en particular. La escala “*occidental*” de los procesos de psico y sociogénesis da cuenta de aquellos aspectos culturalmente compartidos entre ambos “*mundos*”.

La mayor integración social que permite una intensa diferenciación individual es parte de los procesos de psico y sociogénesis; el tiempo que se efectiviza través de la omnipresente capacidad del poder. La interacción entre individuo y sociedad se inserta, entonces, en las

relaciones de poder imperantes en cada uno de los “mundos” y se expresa a través de los elementos culturales disponibles que permiten el surgimiento del super-yo, como el punto más alto de la internalización de la norma social y como el fundamento último de toda relación de poder. A partir de este concepto pueden reconstruirse, también, las diferencias entre Europa y América en relación a cómo y cuáles instituciones ayudan a delinear la internalización de las normas sociales. Conjuntos de individuos como la “*Generación del '80*” en la Argentina o los “*positivistas brasileños*” suponen un importante esfuerzo para orientar institucionalmente los procesos de psico y sociogénesis. Los modos en que estas ideas son efectivamente llevadas a cabo, también implican continuidades, rupturas y singularidades entre Europa y América.

El marco de certeza propio de lo social y culturalmente constituido, permite un abordaje amplio de la tensión entre continuidades y rupturas a escala social. La interacción social “*per se*” forma parte tanto de una potencial continuidad como de una potencial ruptura del entramado social, que permite el desarrollo de la acción social. La incertidumbre es tanto aquello que es cultural y socialmente reprimido, como los elementos que conforman la cultura y el poder. Un aumento de las certezas no lleva a la desaparición de la incertidumbre, pues está siempre “*latente*” la indeterminabilidad de la propia acción.

El análisis de la tensión entre continuidades y rupturas de lo social amplía el alcance temporal del análisis sociológico, mientras contextualiza las relaciones de poder que conforman la cultura como proceso social. La configuración, como conjunto de interacciones sociales, refuerza la interdependencia del individuo con los individuos que conforman y constituyen la sociedad en un tiempo y espacio delimitado. El carácter “*amplio*” de lo social debe ser analizado sociológicamente, desde la tensión continuidades-rupturas del entramado social que motivó este artículo.

Nota sobre el autor

Doctor en Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (con la calificación Suma Cum Laudeae). Magister en Ciencia Política en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de General San Martín (UNSAM). Licenciado en Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)- CEAR-UNQ. Distinguido con el Tercer premio en el “*Concurso Anual del H.*

Senado de la Nación – Legislador José Hernández”, trabajo escrito en coautoría con Alejandra E. De Arce. Autor de artículos de sociología política en revistas nacionales y extranjeras de reconocido nivel científico.

Bibliografía

- AGULLA, J. (1987). *Teoría sociológica. Sistematización histórica*. Buenos Aires: Ediciones Desalma
- ARON, R. (1996). *Las etapas del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Ediciones Fausto. Tomo II
- BOHÓRQUEZ, Carmen L.(2004). Caudillismo y modernidad en Laureano Ballenilla Lanz. En Cancino, Hugo (coordinador), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición siglos XIX y XX*. Madrid: Iberoamericana, 35-50
- CANCINO TRONCOSO, Hugo (1998). José Martí y el paradigma de la modernidad. En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 301-324
- CANCINO, Hugo (2004). Introducción. En Cancino, Hugo (coordinador), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición siglos XIX y XX*. Madrid: Iberoamericana, 9-18
- ELIAS, N. (1997). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Colombia: FCE
- ELIAS, N. (1999). *Sociología Fundamental*. Barcelona: Gedisa Editorial
- ELIAS, N. (2002). *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Ediciones Península
- FERREYRA, Ana Inés (1998). Instrucción, élite y poder político en una provincia argentina. Córdoba, 1835-1852. En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 49-76
- FREUD, Sigmund (1999). El malestar en la cultura. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva
- GIDDENS, A. (1997). Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas. Buenos Aires: Amorrortu editores

- GIDDENS, A. (1997). *Conscuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad
- GIDDENS, A. (1998). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu
- GONZÁLEZ, Marcela B. (1998). Universitarios. Ideas y protagonismo, 1880-1910. En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 95-124
- HEINICH, N. *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*. Buenos Aires: Nueva Visión
- HIRSHBEIN, Cesia (2004). Los intelectuales Lisandro Alvarado, Positivista; Manuel Díaz Rodríguez, Modernista y Rufino Blanco-Fombona, Positivista-Modernista en el ambiente cultural venezolano de principios del siglo XX. En Cancino, Hugo (coordinador), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición siglos XIX y XX*. Madrid: Iberoamericana, 51-64
- LE RIDER, Jaques; PLON, Michel; RAULET, Gérard y REY-FLAUD, Henri (2005). *Sobre El malestar en la cultura de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión
- LUKES, S. (2007). *El poder. Un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI de España Editores
- RIQUELME, Norma Dolares (1998). Élite e ideas políticas en la Argentina (1880-1900). En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 125-164
- SALAS, Rubén Darío (1998). Río de La Plata y las élites de poder. Los niveles discursivos del unitarismo en torno a la forma de gobierno (1820-1827). En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 13-48
- SCARZANELLA, Eugenia (1998). Criminología, eugenesia y medicina social en el debate entre científicos argentinos e italianos (1912-1941). En Cancino Troncoso, Hugo y de Sierra, Carmen (coordinadores), *Ideas, cultura e historia en la creación intelectual latinoamericana siglos XIX y XX*. Quito-Ecuador: Docutech, Biblioteca ABYA-YALA, 217-234
- SIMMEL, G. (1900) *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos

SIMMEL, G. (2002). *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes

WRIGHT MILLS, C. (1987). *La élite del poder*. México: FCE

ZABLUDOVSKY, G (2007). *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*. México: FCE